

El Evangelio según la comunidad de San Lucas

En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos.

De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: "Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías."

No sabía lo que decía.

Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: "Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle."

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Reflexión al Evangelio - Vivir ante el misterio

El hombre moderno comienza a experimentar la insatisfacción que produce en su corazón el vacío interior, la trivialidad de lo cotidiano, la superficialidad de nuestra sociedad, la incomunicación con el Misterio.

Son bastantes los que, a veces de manera vaga y confusa, otras de manera clara y palpable, sienten una decepción y un desencanto inconfesable

frente a una sociedad que despersonaliza a las personas, las vacía interiormente y las incapacita para abrirse al Trascendente.

La trayectoria seguida por la humanidad es fácil de describir: ha ido aprendiendo a utilizar con una eficacia cada vez mayor el instrumento de su razón; ha ido acumulando un número cada vez mayor de datos; ha sistematizado sus conocimientos en ciencias cada vez más complejas; ha transformado las ciencias en técnicas cada vez más poderosas para dominar el mundo y la vida.

Este caminar apasionante a lo largo de los siglos tiene un riesgo. Inconscientemente hemos terminado por creer que la razón nos llevará a la liberación total. No aceptamos el Misterio. Y, sin embargo, el Misterio está presente en lo más profundo de nuestra existencia.

El ser humano quiere conocer y dominar todo. Pero no puede conocer y dominar ni su origen ni su destino último. Y lo más racional sería reconocer que estamos envueltos en algo que nos trasciende: hemos de movernos humildemente en un horizonte de Misterio.

En el mensaje de Jesús hay una invitación escandalosa para los oídos modernos: no todo se reduce a la razón. El ser humano ha de aprender a vivir ante el Misterio. Y el Misterio tiene un nombre: Dios, nuestro «Padre», que nos acoge y nos llama a vivir como hermanos.

Quizá nuestro mayor problema sea habernos incapacitado para orar y dialogar con un Padre. Estamos huérfanos y no acertamos a entendernos como hermanos. También hoy, en medio de nubes y oscuridad, se puede oír una voz que nos sigue llamando: «Este es mi hijo... Escuchadlo».

José Antonio Pagola

Tiempo de paz

«Después de despedirse de ellos, se fue al monte a orar» (Mc 6,46)

Sí. A ratos me hace falta. Un instante gratuito. Música suave, o ninguna. Un paseo que me conduzca a ningún sitio. Una página de la agenda vacía de citas. Un rato de ensimismamiento, para pensar en poco, para reír por nada, para cantar sin tono. Hace falta un rato de sereno abandono en el que deje de estar alerta, en el que no haya nada que mostrar, un rato de sinceridad sin juicio. Hace falta un tiempo perdido, un tiempo de silencio, para el encuentro con uno mismo. Y por eso a veces tengo que frenar.

¿Qué espacios de quietud hay en mi vida?

¿Cómo hacer espacios de paz en mi día a día?

Tiempo de encuentro

«Toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los lleva, a ellos solos, aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos» (Mc 9,2)

Es desde esa quietud primera desde donde puedo ser más cercano con otros. Es en ese espacio íntimo, donde mis manías no necesitan disfraz, y mis méritos no quieren medallas; donde mis miedos y fortalezas se comparten; donde uno es más vulnerable, pero más real; donde entran los nombres que significan tanto para mí; es en ese espacio donde el encuentro es más intenso. El encuentro con Dios y el encuentro con los otros. Es ahí donde la caricia toca lo más hondo de uno mismo, donde la palabra no es ruido sino vínculo, donde la relación se vuelve rama sólida que entrelaza mi vida con otras vidas. Desde ese silencio crece el amor.

¿Qué relaciones son más hondas en mi vida?

¿En qué relaciones me siento más honesto, más auténtico, más transparente?

La secularización del alma

Hablamos mucho de secularización, porque sentimos -y diría, padecemos- sus efectos a través del paso del tiempo. Asumo que también tiene sus ventajas, pero vemos cómo parece que lo sagrado se diluye en la sociedad del espectáculo y donde mucha gente se vuelve menos tolerante cada vez que habla de la Iglesia, y el mensaje religioso no solo es apartado y olvidado, sino que es ridiculizado por muchos sectores. Y también debemos reconocer cómo la palabra secularización se convierte en un cajón de sastre, donde entra todo lo que tiene que ver con la reducción de lo religioso.

Sin embargo, a mí me preocupa, sobre todo, la secularización del alma. No solo cuando se pierde en lo externo, sino cuando se pierde en lo interno. Cuando claudicamos ante la rutina y no vemos la novedad de Dios y renunciamos a la alegría del Evangelio. Cuando el perdón y la reconciliación con el prójimo desaparecen de nuestro vocabulario. Cuando el materialismo tapa cualquier atisbo de esperanza. Cuando jóvenes renuncian a crear vida y ser padres por el único deseo de "pasarla bien". Cuando consagramos nuestra vida al éxito, al dinero y al placer adornando nuestras decisiones con palabras bonitas. Cuando decidimos vivir para nosotros y no para los demás. Cuando consideramos que la compasión y la misericordia son cosas de otro tiempo. Cuando solo utilizamos categorías mundanas para comprender nuestra realidad. Cuando miramos el mundo y nuestra vida como si Dios no existiera.

Lo religioso ha de manifestarse en lo externo y también en lo interno, ambas realidades se necesitan, porque lo visible necesita lo invisible, y viceversa. Quizás por eso es tan importante la oración sincera, para que cuando hablemos de Buena Noticia, esta también se pueda hacer realidad y crecer con fuerza en nuestras propias vidas, porque nosotros también necesitamos ser evangelizados por un Dios que sigue contando con nosotros.

Álvaro Lobo